* ANA M^a FREIRE LÓPEZ, DOLORES THION SORIANO-MOLLÁ, *CARTAS DE BUENA AMISTAD. EPISTOLARIO DE EMILIA PARDO BAZÁN A BLANCA DE LOS RÍOS (1893-1919)*, MADRID-FRANKFURT AM MAIN, IBEROAMERICANA-VERVUERT, 2016, 219 PP.

Quiere la hetérocлита gana de leer enjuiciar de muy distinto modo la llamada literatura del yo y fluctúa entre extremos que van desde el absoluto desinterés por ese género de un Luis Alberto de Cuenca, manifestado por lectores que son también escritores, hasta el más devoto, y puede que impertinente, seguimiento de los menudos avatares de la biografía de los artistas de la pluma en sus cartas privadas. Es difícil, por otro lado, filiar una buena parte de los epistolarios que han resistido el paso del tiempo a un género literario cuando no hubo voluntad de hacer de la carta un testimonio de esa naturaleza, pero no cabe restar a esos acervos, a menudo incompletos y hasta unilateralmente conservados, como aquí sucede, un valor documental singular, el de proveer detalles de la intimidad que, en el caso de Emilia Pardo Bazán, siempre deseó ver limitados a la intimidad literaria. Así ha de entenderse, v. gr., la cita de los “Apuntes autobiográficos” aducida en p. 7.

La reciente subasta en Madrid, por parte de la casa Ansorena, del lote 489, de cartas de la autora gallega dirigidas a Carmen Miranda Armada, su comadre, –segmentos de vida compartida que se materializaron en forma de epístolas, billetes y tarjetas que rondan el centenar de piezas– nos alerta de la eventual e incluso inesperada aparición de nuevos materiales de este jaez en el transcurso de los años, especialmente de aquellos que han permanecido en depósito en manos privadas, rubro este más susceptible de crecer para el caso que nos ocupa. Como en el presente título, el caso del epistolario que se completa con aportes también privados, de un legado familiar, cuya edición han preparado Freire y Thion Soriano-Mollá bajo el antetítulo, que es fruto de su percepción de las mismas –y no de su única enunciadora, quien aunque se dirige a su interlocutora como “Mi buena amiga” probablemente nunca habría titulado así, de un modo tan edificante, ninguno de sus libros–, de *Cartas de buena amistad*. No se trata de un título derivado de las palabras de la epistológrafa, como tal vez podríamos esperar, sino de cosecha de las editoras que así califican la relación entre ambas mujeres a tenor del trato que este intercambio desvela. Tampoco la cubierta parece provenir de una composición derivada de objetos de escritorio de la autora, ya que se revela, en este sentido, apócrifa (incluso las cartas manuscritas que sirven de atrezo no son de Pardo Bazán, ofrecen una caligrafía ajena; llaves y quedados tienen también procedencia, aunque simbólica, distinta), a diferencia de las fotografías encartadas que ilustran gratamente este libro aunque carezcan a veces de filiación.

Reúne esta edición anotada un total de 64 testimonios epistolares “cuyo contenido es significativo” (p. 10), entre cartas y tarjetas –solo una mecanografiada– que circularon a lo largo de casi treinta años, de la escritora gallega, de un total, como se advierte en el “Estudio preliminar”, que pugna por “reconstruir la historia externa e interna de este epistolario” (p. 71), de ochenta y cuatro cartas, tarjetas de visita y tarjetas postales. Pese a lo que se afirma, no se trata del corpus epistolar “más nutrido de la correspondencia de Emilia Pardo Bazán con un único corresponsal, y el único exclusivamente femenino” (p. 10), por lo que sabemos del epistolario cruzado con Galdós, más nutrido, o, ahora, con la antecitada comadre, también amplio. En el epígrafe “Composición del corpus” las editoras explican que han preferido obviar, y tal vez sea discutible, “algunas tarjetas de visita sin más mensaje que una palabra, una hora para una cita o contenido semejante” (*ibid.*), quedándose únicamente con lo “significativo”. Se rastrea la relación de la escritora coruñesa con el género epistolar, el proceso en virtud del cual se ha llegado a establecer la edición a partir de los tres lotes de partida, dos de los cuales proceden de dos familiares –el mayoritario, de Maravillas de Carlos, sobrina de la que fuera ahijada y secretaria de Blanca de los Ríos, su tía Blanca, y el de su sobrina Laura, así como del fondo que la primera había vendido a la Biblioteca Nacional, que en su momento consultó Bravo-Villasante –si bien tuvo que acceder a él antes del depósito, ya que las fechas no concuerdan– pero que no tenía ficha. Laberinto documental donde los haya, difícil de explicar. Se trata de explicar, asimismo, cuáles pueden ser los resortes más idóneos para adentrarse en el: cómo se fraguó la amistad entre Pardo Bazán y Blanca de los Ríos, cuyas fechas de nacimiento y muerte no comparecen, en este último caso, hasta la nota 10, en la p. 17. Dado que el enfoque del análisis de este corpus es fundamentalmente biográfico, parece pertinente ubicar las trayectorias vitales de ambas polígrafas y saber, desde el comienzo, qué años se llevaban (Blanca era ocho años menor) y cómo se desacompararon mucho más sus fechas de fallecimiento (morirá muy longeva, casi centenaria la sevillana, a los 95 años, bien lejos de los setenta que no llegó a cumplir su amiga coruñesa). Muy interesante resulta el apartado titulado “Contexto vital de esta correspondencia” en tanto en cuanto va trenzando las alusiones y menciones diseminadas en las epístolas con los acontecimientos más reseñables de la trayectoria biográfica de ambas corresponsales. Se perfilan así los encuentros y las separaciones al hilo de la cadencia epistolar, como en este ejemplo de la p. 20: “las dos escritoras pasaron juntas en el balneario de Mondariz unos días de agosto –pocos, a juicio de Emilia– y, ya en septiembre, Emilia sola continuó su cura balnearia en La Toja. No obstante, allí contrajo una enfermedad que la obligó a viajar hasta La Coruña con 39 grados de fiebre y que la retuvo 21 días en la cama. Continuó en La Coruña todo el mes de octubre y toda la familia regresó a Madrid en la primera semana de noviembre”. Minucioso seguimiento del “*emploi du temps*”. La ausencia de cartas en 1900, y otros ejercicios lacunarios, se justifican conjeturalmente o porque ocurren en invierno, cuando ambas amigas coinciden en Madrid. También se trata enigmáticamente

lo que Freire y Thion llaman “la indefinición de la condesa madre”; se conocen el número de los telefonemas que abordaron la cuestión del ingreso en el Ateneo y hasta los accidentes de automóvil, las escalas... La mutilación de la otra parte del epistolario se atribuye al incendio ocurrido en Meirás en p. 10, nota 3. Conocíamos, por otro lado, la implicación de Vicente Lampérez en asesorar a Pardo Bazán sobre las obras de las Torres y estas cartas son prueba puntual de ello.

Sigue el “Estudio preliminar” distinguiendo “Contenidos, tono y estilo de las cartas”, escritas –se incide en ello un tanto pleonástica y edificantemente– “con la confianza que se deriva de una buena amistad” (p. 23). Otro apartado se destina a tratar de “La creación literaria de Blanca de los Ríos”. En él queda patente la labor en pro de su amiga: “Estas cartas selladas por la amistad, que también favorece lo anecdótico y lo cotidiano, certifican la atenta y generosa ayuda de doña Emilia, quien no descuidó noticia ni evento en el que pudiese interceder en favor de su joven amiga”. Pero, podemos preguntarnos, ¿medió Pardo Bazán a su favor, buscando apoyos editoriales, traducciones, etc., en nombre de su amistad, o porque creía en las cualidades intelectuales de Blanca? ¿Es subsidiaria o menor la lucha por incorporarse al campo literario en ambas autoras, como se desprende de este párrafo en p. 26: “Además, las cartas, por ser espacio de confidencias, dan cuenta de los desvelos de ambas escritoras para llevar a cabo sus proyectos y para asumir el papel de mujeres intelectuales y eruditas presentes en el espacio público”? La carta 31 hace explícito: “y la mujer?” (p. 133); la carta 33 incluye un elocuente “¡Qué graciosos son *los hombres!*” (p. 136), la 35 no esconde un “Con honrosísimas excepciones, las mujeres son los peores enemigos de las otras mujeres...” (p. 143), la 36 apela a blindar el corazón... Harta tela que cortar y es mérito del rescate epistolar que hoy saludamos el sugerir y despertar nuevas posibilidades interpretativas.

“La narrativa en marcha de Emilia Pardo Bazán” es el epígrafe que sigue, donde se advierte que “Los proyectos de doña Emilia no suelen ocupar un espacio único ni preponderante en esta correspondencia, salvo en aquellas estancias veraniegas, de intensa creación, dedicadas sobre todo al teatro” (p. 29) y se repara en “el don de la oportunidad de la escritora” (p. 30). A continuación, “Blanca de los Ríos busca escenario”. Cabía suponer que “la información sobre el teatro de Blanca de los Ríos que nos ofrece esta correspondencia constituye una de las aportaciones más interesantes del corpus” (p. 36). En este epígrafe y los dos siguientes menudea la mención de la escritora gallega como “Emilia Pardo”, bastante infrecuente también en el resto de las páginas. “El incomprendido teatro de Emilia Pardo Bazán”, sus “contradicciones ante el teatro” (p. 43) son objeto de reflexiones. Como lo es, a la luz de esta correspondencia monologal, “Emilia y Blanca en el Ateneo de Madrid: una conquista para la mujer”. Otra sección, “Las obras de Meirás en el epistolario”, da pie a algunas expresiones que no proceden, como “la construcción del pazo de Meirás [*sic*]”, p. 61, “pazo en construcción” (pie de fotografías, ante pp. 65, 107,

179; p. 97, nota 5). Es sabido que Pardo Bazán no construyó un Pazo. “Las cartas perdidas de Blanca de los Ríos” merece un apartado final.

Se deslizan algunas erratas en pp. 14, 22 (también con el régimen de mención), 26, 28, 31, 33, 37, 40, 42, 43, 46, 49, 50, 53, 56, 60, 62, 63, 65, 67, 75, 76, 77, 79, 80, 81, 83, 85, 91, 92, 94, 98, 99, 101, 107 (la nota 2 resulta algo pobre, balcón vale por “Balcón de las Musas”), 114, 116, 117, 122, 123, 124, 130, 131, 135, 142, 147, 158, 161, 202, 203, 204, 207. Cabe plantearse como dudoso, por otro lado, que la deseada preservación de la “espontaneidad redaccional de doña Emilia” (p. 25) dependa del mantenimiento de lo que son errores y erratas ortográficas de su cosecha, no siempre detectables, por lo demás, en la fluencia apresurada de la pluma. Sí parece recomendable, en cambio, respetar el laísmo asumido por la escritora afincada en Madrid durante la mitad del año.

En toda Bibliografía consultada, por amplia que sea, podrían incorporarse nuevas entradas. Echamos en falta estudios de Maryellen Bieder aparecidos en 2015, esencial es el de Denise DuPont (2010), de Ángeles Ezama (2012), o de Mañueco, o Hooper (2007) o Guerrero Cabrera (2014). De la propia Emilia Pardo Bazán podría haberse aducido su *Nuevo Teatro Crítico* (en 1891, dedica algunas páginas a Blanca de los Ríos), y de Blanca de los Ríos el “Elogio de la Condesa de Pardo Bazán”, en el homenaje del número 30, en 1921, de *Raza Española*, con motivo de su deceso.

La aportación de este epistolario exhumado por Freire y Thion al mejor conocimiento de la andadura vital de Pardo Bazán y de su modo de entender “toda la sinceridad de una amistad verdadera” (p. 128) con otra mujer es indudable. Quede constancia de su utilidad para seguir desentrañando claves de una personalidad que se construyó como literaria, ávida de producir “libros serios” (p. 100), no solo humana.

Cristina Patiño Eirín